

Ramón Xirau: el centro sagrado

Guillermo Sheridan

Ramón Xirau cumple ochenta y cinco años de vida plena. Guillermo Sheridan explora en este ensayo-homenaje las relaciones entre la filosofía y la poesía en la obra del gran poeta catalán.

En lo más respirado de la poesía de Ramón Xirau se percibe de inmediato la búsqueda y la representación de *lo sagrado*. Quizás eso sea lo más peculiar, lo más indecible de su intento, ya como poeta, ya como crítico que teoriza sobre el sentido y el Ser de la poesía, la suya y la de otros. Es en el afán de precisar los confines de lo sagrado donde se aprecia su timbre más característico.

La manera que tiene su poesía de tramitar esa experiencia es peculiar. Se diría que lo hace casi por desaparición, por renuncia. Se tiene la impresión de que sus poemas son, si acaso, el residuo de ese afán intransitable, huecos verbales habitados por un deseo tan tenaz como evasivo. Se tiene la impresión de que viste al hecho poético con una desnudez, con un anhelo que es apenas un balbuceo, la resignación de sólo susurrar una imposibilidad propiciada. Es una poesía que si bien se rinde de antemano ante los límites de su intento, ante la inefabilidad de su deseo, no cesa de perseguirlo con una humildad equivalente a la conciencia que tiene de esos límites.

Sus ensayos de 1993 sobre “De lo sagrado”¹ (y sobre

dos poetas que también lo asedian, según Xirau, Juan Ramón Jiménez y César Vallejo) guiarán este breve comentario. Ignoro si habré de perderme o de encontrarme. No es grave: sólo ante lo sagrado y ante las apariencias más sensibles de su reverberación, la música y la poesía, perderse es lo mismo que encontrarse.

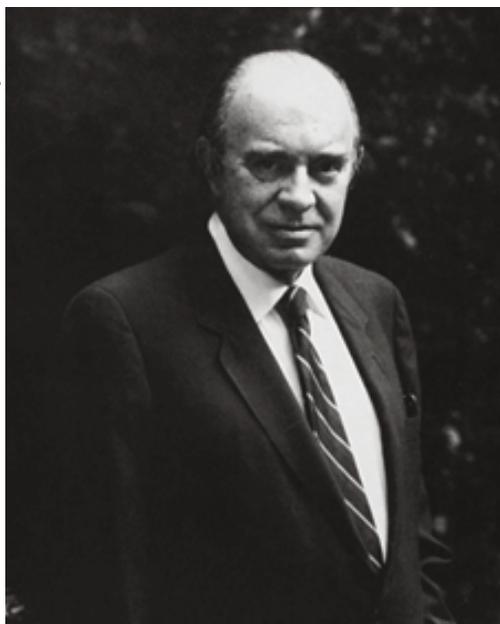
De la experiencia de lo sagrado deriva una diáfana conciencia en el poeta que se atarea en su asedio: la imposibilidad de conciliar la palabra personal con el Verbo original. Esta *imposibilidad* (el “no sé qué” de San Juan de la Cruz “que quedan balbuciendo”)² no juega un papel pequeño en la poética de Xirau ni en la de otros poetas con intención parecida. La conciencia de esa imposibilidad, en todo caso, no puede interpretarse como una limitación; antes bien debe asumirse como una aspiración que vale como tal, más allá de que no puede culminar en un hecho verbal sagrado en sí mismo. De ahí que la figura retórica que combate con esa imposibilidad sea la preterición: expresar resignadamente que algo es indecible, pero expresarlo de tal modo que lo indecible se insinúa, comienza a decir.

¹ En *Entre la poesía y el conocimiento (antología de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericanos)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, pp. 297 y ss.

² En el “Cántico espiritual”.

La conciencia de esa imposibilidad anima a algunos de los más laboriosos ensayos críticos de Xirau, pero sobre todo anima su *neuma* —para emplear esa palabra preferida de Gilberto Owen y de Gonzalo Rojas—, es decir, la voluntad de trasladar a la poesía el *respirar del mundo*, al hacerlo *respirar el mundo*. Sé bien que el asunto es infinitamente complicado. Propongo sólo que se trata, en Xirau, de experimentar la palabra como un fruto desprendido de la trascendencia. Y que ese “experimentar” es un movimiento del ánimo que, con escritura, imita el ritmo del Ser y le ofrece una réplica que transmuta vivir con pensar, pensar con percibir, percibir con poetizar.

En su escritura poética, Xirau ha sido empeñosamente fiel a la complejidad de ésta, la más elevada de las contradicciones, la de atarearse en decir lo indecible. En su labor como estudioso de la poesía, esa complejidad se expresa de otra manera: pensar lo impensable a partir de la manera en que sus poetas penates (Juan Ramón, San Juan de la Cruz, César Vallejo, Octavio Paz) dicen lo indecible. Se trata de una fidelidad pausada, aguzadamente sostenida a lo largo de muchos años: una poesía para decir lo indecible; un pensar para articular lo impensable. Un hacer que no excluye, antes supone, convertir lo que se piensa en lo que se siente y —el quiasmo es obligado— lo que se siente en lo que se piensa. Un ¿qué se siente pensar?, que equivale en su poética al ¿cómo pensar lo que se siente?, que Xirau no convirtió en una metafísica, sino en poesía, donde pensar y sentir suceden como experiencias coincidentes y hasta —si es buena poesía— inseparables.



Ramón Xirau

Es convicción de Xirau que *el mundo es sagrado*. A partir de ahí, propone que “lo sagrado sumo es Dios mismo”: la convicción se ha transformado en fe. La idea de *lo sagrado* es de suyo compleja, aun como hecho meramente cultural, y más aún para quien carece de fe o apenas lo percibe como manifestación de lo *numinoso*, esa fe laica, no sé si más modesta o menos altiva que la fe religiosa, pero igual de imprecisa sin plasmación poética o musical. Por “numinoso” me refiero al concepto —que por cierto emplea Xirau— acuñado por Rudolf Otto —en *The Idea of the Holy*, 1917—: el *mysterium tremendum et fascinans*, la experiencia del poder de “lo divino”; o como precisa Aldous Huxley (en *The Doors of Perception*, 1954): el asombro estremecedor —pasmado y temor— de advertir la brevedad humana ante la potencia infinita de “Dios”.

En todo caso, me interesa que la poesía de Xirau puede ser exigente y gratificante para la experiencia de lo sagrado (la fe) y para la sensación de lo sagrado (lo numinoso). No quiero atenuar la hondura de la fe ni el fervor de lo numinoso, sino reconocer que ambas pulsiones son esencialmente poéticas (si bien la fe es imposible sin lo numinoso, y lo numinoso no necesariamente culmina en una fe).

La poesía de Xirau no se detiene en una fe, como no se detienen en ella otros poetas ávidos de lo sagrado. La urgencia de escribir poesía ya es, de hecho, una constancia de que la fe es más una forma de la poesía, que la poesía un ingrediente de la fe o sólo uno de sus vehículos. Para el caso, el sentido de la poesía de Xirau deriva de la forma en que su fe se expresa. Y esa forma sólo es reproducible en los hechos:

VIENTO DEL CENTRO

Rómpete, ola, canta el canto del aire,
 las naranjas maduras caen en la pradera,
 las gaviotas estallan.
 Las playas delirantes
 buscan la espuma,
 el oro y el oreo
 de los árboles
 y la espuma.
 Las frutas enrojecen, naranjean,
 primavera de vientos
 rómpete, sí, en la espuma.
 Enjambres de luz pura
 caen del firmamento.
 Callad, es él quien habla
 silencio, buen silencio,
 en el centro del Viento.

La poesía de Xirau se tensa en lo sagrado con el aval



de su estilo. Un estilo residual, abreviante, más plástico que discursivo, puñados de instantes velozmente disueltos que aparecen y se disuelven en la página con la misma evasi vagracia. Un estilo que parece amordazar su fervor y dejarlo sólo en los ojos, como una alteración apenas del silencio, del silencio que emana del centro de los agrados; un centro a tal grado presente que hasta el inasible viento lo posee.

La idea de lo sagrado en la que Xirau deambula es, además de su propia experiencia, una idea que se articula dentro de una tradición intelectual moderna. En sus escritos críticos cita a Otto y a otros pensadores que siguieron sus pasos, sobre todo Carl Jung y Mircea Eliade, que están más o menos de acuerdo en que la experiencia de *lo sagrado* ha engendrado sistemas simbólicos que, necesarios y definatorios, desde luego comparten similitudes en todas las culturas. Esos sistemas simbólicos son la substancia primera de lo sagrado, previa a la forma particular que pueden adquirir en las diferentes religiones, sus liturgias y cánones.

Advertir o creer o querer o sentir que el viento mismo posee un “centro”, como en el poema citado arriba, es una manera de acatar el hecho de que toda poesía es expresión, dichosa o fatalmente, de esos sistemas. La apreciación de que el mundo es sagrado, o bien que hay “espacios sagrados”, deriva de esa simbolización y de la lógica que suscita. Por ejemplo —como es obvio

en Xirau y en tantos poetas—, si hay un espacio sagrado, éste tiene un centro, ese centro es un *axis mundi*, ese *axis* es vertical (un árbol, una cruz, una columna: la sintaxis esencial de la continuidad / contigüidad), etcétera. Y ese centro, que separa al caos del cosmos, irradia signos visibles de aquello que es invisible, signos, diría san Agustín, *sacramentados*.

Las rutas de la fe y de la filosofía resuelven sus contradicciones o, mejor dicho, encuentran su conciliación, en la poesía de Xirau, en una poesía atenta a esta sintaxis de lo sagrado. Pero quizá no se deba decir “atenta”, pues no es asunto de voluntad; más bien es una poesía *participada* de lo sagrado. En este sentido es una poesía *sacralizante*. Una poesía que tiene una aspiración hacia una experiencia alejada de “lo profano y lo desquiciado” que caracteriza al hombre moderno, como dice Xirau en el ensayo ya citado (p. 299), repitiendo casi a la letra la percepción del mundo moderno que tienen Otto, Eliade y aun Émile Durkheim o ese antepasado anómalo, Friedrich Schleiermacher, a quienes Xirau cita entre sus guías hacia la vertiente simbólicamente sagrada de la experiencia.

En este sentido, debo decir que me intriga que Xirau parezca acatar —pues la cita y la glosa— la teoría del “inconsciente colectivo” de Jung, es decir, la idea de que en el psiquismo existen apreciaciones y símbolos que son inherentes a la naturaleza humana. Me

En suma, la forma en que Xirau experimenta *lo sagrado* coincide con su voluntad de lograr una poesía que sea testimonio de esa sacralidad: la recreación personal, como signo visible, de una invisibilidad abarcante.

refiero a que hay estudiosos de lo sagrado que parecerían coincidir más con una perspectiva fideísta, como René Guénon, autor de una vasta, erudita e inteligente obra dedicada a inventariar la simbología sagrada. Guénon combatía la tesis de Jung desde una postura que me parecería, insisto, más afín a Xirau: no la de un “inconsciente colectivo” que genera símbolos arquetípicos desde “los oscuros bajos fondos de la individualidad”, como escribe Jung,³ sino la de una “supraconciencia compartida” cuyos símbolos arquetípicos constituyen las coordenadas de una *fe revelada*.⁴ (Una idea que, más allá del ingrediente fideísta, me parece esencialmente acorde con el espíritu de la poesía moderna, desde Baudelaire).

En suma, la forma en que Xirau experimenta *lo sagrado* coincide con su voluntad de lograr una poesía que sea testimonio de esa sacralidad: la recreación personal, como signo visible, de una invisibilidad abarcante. No es un asedio místico ni, menos aún, expresión de una doctrina o la ilustración poética de una fe. Tampoco quiere ser un canto numinoso. Es más bien un titilar, un balluceo. Es, acaso, la escritura de unos cuantos gestos y símbolos, desnudos de gravedad, de poder, de majestad que, sin embargo, se empapan en sus versos con la extraña agua de una divinidad presentida. Su camino, parecería, es si acaso el —en apariencia— modesto, pero decidido afán por recargar de sacralidad un puñado de signos (la barca, la naranja, el árbol, el viento), astillas meniales de un *Dios* vocal, de su primordial sintaxis de arribas y abajos, horizontes y ejes, como en éstas:

VISIONES DE MESSIAEN CON HILDEGARDA

I

³ En *The Archetypes and the Collective Unconscious*, volumen nueve de *Collected Works*, Princeton, 1981.

⁴ Véase al respecto “Tradición e inconsciente” (1949), en *Symboles de la science sacrée*, Gallimard, 1962. Hay una versión en castellano, *Símbolos tradicionales de la ciencia sagrada*, Editorial Paidós, Barcelona, 1995. Esta editorial hace circular desde hace algunos años, en castellano, varios títulos de Guénon.

Muere el espacio
en el confín del campo
canta habla crece
el Árbol de la Vida
en el Jardín del Tiempo.

II

Cabras altas
venado campo nieve
se enfilan sierra adentro
campanas campanadas
el Canto de la Tarde.

III

Pequeñas las liturgias
visibles piedras verdes
junto a los árboles verdean
Árbol de la Vida sí
en el Jardín del
[Tiempo.

Una poesía que parece suspenderse, como un fruto tembloroso y mínimo, casi imperceptible, del *árbol del mundo*, árbol que apenas susurra, un árbol profundamente adentro (diría Octavio Paz). No es azarosa la presencia constante de la música en la poesía de Xirau. Una música en la que su poesía estaría dispuesta a disolverse: la más numinosa de Corelli o la sagrada, apenas audible, de Thomas Tallis. (Quizás, a lo que más se parece es, en efecto, a la del Messiaen de las *Regards sur l'enfant Jésus*. Aunque escribe: “Si me dicen: ¿quién?, digo Mozart”, casi respondiéndole al “Mozart” de Cernuda. Pero claro, la música de Mozart...).

En la mejor poesía de Xirau lo más visible es siempre lo más invisible. (Decir esto y nada es lo mismo). Ecos, vislumbres, fosfenos de lo evidente, de lo tan evidente que sólo se percibe como invisibilidad.

Texto leído en el homenaje a Ramón Xirau en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, el 27 de enero, con motivo de su octogésimo quinto aniversario.